

A NUESTRAS CATEQUISTAS MAYO 2015



Con ilusión y con el deseo de servir a la Iglesia, a la que todos siempre hemos de amar entrañablemente, dábamos comienzo, el pasado mes de septiembre, a un nuevo curso de catequesis. El mandato de Cristo de ir al mundo entero a predicar el Evangelio os impulsó, sin lugar a duda, a aceptar ser catequistas de esta parroquia, con el noble fin de dar a conocer y ayudar a querer a Jesús a unos niños, que son tierra buena para recibir la semilla de la doctrina que salva.

A lo largo del curso que está terminando, habéis dedicado a dar catequesis a los niños un tiempo precioso, que os hubiera venido como anillo al dedo para llevar a cabo otras tareas urgentes, u otras actividades de ocio convenientes para el descanso y para un mayor trato con familiares y amigos. Por otra parte, estoy seguro de que habéis puesto todas vuestras capacidades para conseguir el mayor fruto en cada sesión.

Si en el Evangelio se enseña que Dios premiará hasta un vaso de agua que se dé al prójimo, ¿qué no hará cuando un catequista se presente delante de Dios? Si Jesús afirmó que defendería delante de su Padre a quien le hubiera defendido delante de los hombres, ¿qué hará con quien le ha dado a conocer, le ha defendido y ha hecho que se le quisiera durante todos un curso? No ha habido ni habrá mejor pagador que Dios. El ciento por uno y la vida eterna es lo que prometió Cristo a quienes le siguieran.

Al terminar el presente curso, quiero manifestaros con amor de hermano que el servicio que habéis prestado a la parroquia, siendo catequistas, ha sido un servicio grato a Dios y de gran provecho para la Iglesia. Como cristiano, como sacerdote y como párroco moderador de esta comunidad cristiana, os doy las gracias de todo corazón e imploro para cada una de vosotras, y para vuestras familias, la ayuda generosa de Dios y la protección maternal de nuestra Madre la Virgen.

Permitidme que, en esta reunión del mes de mayo, os recuerde que las dos cosas más importantes que hemos de hacer, mientras peregrinamos por la tierra, es ser personalmente santos de verdad y apóstoles comprometidos de Cristo, cada uno de acuerdo con su propia vocación y en medio de sus circunstancias, sean las que sean y por muy difíciles que lo sean. Para ello hay que cuidar mucho la vida espiritual con la oración personal frecuente; viviendo en presencia de Dios, a poder ser, continua; frecuentando la recepción de los sacramentos lo más que se pueda; y por señalar otra cosa imprescindible, de la mano de la Virgen oyendo al Espíritu Santo, que nos habla en el alma, siendo totalmente dóciles a sus inspiraciones y dejándose mover por Él.

Alfonso Martínez Sanz